

ALFONSO CRUJERA:
EL COLOR VACÍO DE LA FORMA INAUDIBLE

Instauro este texto, con que el artista visual Alfonso Crujera me invita a acompañar su trabajo plástico en el catálogo de su exposición *Lugar Sagrado*, no como el resultado de un proceso analítico de lo que induce y consagra, sino como la inmersión de lo que sería mi obra propia razonada en convergencia con lo que el artista insemna.

No será esta una visión escrutadora de lo que la obra de Alfonso Crujera deslinda y sí la dilucidación de cómo ciertos hábitos en disciplinas aparentemente tan distantes se concadenan en el tránsito de la reflexión, justo antes de que uno de los hacedores se explaye ante la exigencia física del soporte y el otro se recoja inmerso y hacia adentro sobre el exacto pliego en blanco.

Conversar con la obra del pintor me seduce más que impostar un formalismo ilusorio donde todo acaba siendo lo que atisbado muy de paso concluye en apariencia. Quizá delimite algunas aserciones de lo que su obra me posibilita desbrozar, pero todo quedará al albur de lo que siendo escrito tenga capacidad de deshabitarse, siempre.

Primera aserción

En esta época, en la que todo parece vaya a ser resuelto 'implementando' las Inteligencias Artificiales varias o las múltiples aplicaciones de resolución digital o ya virtual Alfonso Crujera nos traslada a, devolviéndonosla, la memoria originaria por la que el ser humano construía las cosas dadas manualmente, resueltas de la forma más elemental contada y decantadas en la labor empírica de

constatar la fundamentación básica del logro y del deseo: qué tan divinidad humana y qué tan humana adivinación.

El artista ya había visitado para ese entonces la capacidad del gesto trazando un signo y consumando en el hábito la manera mental • gestual de establecer una idea o esbozar un pensamiento; ya tenía recorrido y establecido en su búsqueda de la estructuración geométrica un lenguaje donde deslindar su proceso decantador para dar comprensión a una idiomática tan característica como reconocible en su diálogo con la cauterización oriental.

Ahora, y tras revisitar el paisaje inmediato, aquel que memoriza no más acercarse a la orilla de la costa cercana, justo al borde del agua y establecer conciencia en torno a la aritmética fractal que la marea nos trae cada amanecer de mil maneras posibles, lo que la atardecida desata suspendida en el mándala de las nubes bajo el que se sustenta y desbroza, en un parpadeo, lo que un perfil de costa delinea sucesivamente hasta la extenuación del pensamiento a través de la maniobra física, de la mano sujeta al equilibrio inocente de su reinterpretación constante en las variantes múltiples; tras esa demolición, el artista se desliza por el sendero que bifurcado le retorna a aquella antigua manera de irse sabiendo a medida que resuelve, duda y retoma, combina o esparce y en un instante de lucidez para, detiene más la idea que el gesto y se percata de la dualidad de la conducta: hacer y colmar en tanto la fisicidad reclama; contenerse o vaciarse en cuanto la consciencia connota la veracidad de lo esbozado: siempre...

Ahí radica la inducción de lo sagrado.

A la ensoñación gestual para auspiciar definición sujeta a un proceso anímico Alfonso Crujera la acompaña de una

gramática de las formas para las cuales establece la concreción de lo que la idea integra: la una sin la otra es forma diluida en el espacio, la otra sin la primera es idea continente del vacío: ambas, sin los diversos tránsitos precedentes serán concreciones ausentes de sacralidad.

La nervadura central, tanto como cenital, de esta última obra del artista visual se estructura en base a la dupla: esto es, equilibra su conformación material en el basamento de lo doble y a través de ello se confronta: lo uno y lo otro, nunca contrarios -tal vez, si uno es yin el otro será yang y viceversa o, quizá, respuesta alterada sustraída del I Ching-, pero en el sentido no de la duplicidad sino de la universalidad paralela. La inmersión del artista en esa idea goza de duplicidad en sus piezas salvo, evidente, las que aparentando ser una sola ya son dobles en sí mismas y como tales se concretan.

El artista desarrolla esta vez un seriado pictórico establecido en 16 piezas iniciales que se incardinan en esa apariencia natural del haz y el envés, pero no lo uno y su contrario ni la concepción de la dupla para toda manifestación real, sino una relativización de que el aspecto de lo real en sí mismo contiene más lecturas de las que el pensamiento normalizado les adjudica y radican en sí más soluciones, tanto plásticas como mentales, en el entresijo de su última deconstrucción. Ahí sugiero, nomás, la contemplación de la pieza 'Doble Espiral' como inferencia del todo: es desenvolvimiento de un precepto que partiendo de un centro gira en espiro hasta el azimut de la idea para retornar bajo el mismo acertijo a un centro nuevo que será equivalente al primero análogo y ya eterno en el retorno al inicio. Lo contemplado, por allá de lo elementalmente mirado, contiene una aserción siempre más al fondo de sí mismo que desde la ya encallecida visión exterior:

Aquí se posibilita la fundación de lo sublimado.

Segunda aserción

Antes de Alfonso Crujera otros artistas plásticos, hoy clásicos, tanto a lo largo de la concurrida Historia del Arte como de las más recientes vanguardias, se ocuparon y proveyeron de las leyes sagradas que la razón geométrica avizora y proporciona. Entre otros tantos, Alberto Durero precisó estructurar en cánones estatuidos la exclamación geométrica que en sus propuestas pictóricas ya hubo instituido sobre lienzo o papel, categorizando así su *Instrucción* en cinco tomos. También nuestro artista se ha interpelado en esa inmersión: ¿asume por ello una traslación del canon clásico que le llega heredado? Nunca. Concluye en la promisión que la Pintura, el Arte en general, le ha brindado conformado por un compendio que atravesando el tiempo también se ve a su vez traspasado por los distintos pensamientos de los momentos históricos por los que avanza, de las bifurcaciones que posibilitan -al tiempo que precisan una meditación asertiva sobre lo ya construido-, el hecho no para negarlo o asumirlo sin otra decantación y sí para crear sumandos -aún aleatorios- que van a consumir nuevas partes de esa nave que navega incorporando y gestando lo que atraviesa y hace suyo, pero de lo que al tiempo acaba por desprenderse hasta saberse siempre renovada, constantemente presente en el impulso del creador.

Tercera aserción

Profundizo atento en la nueva obra que nos presenta Alfonso Crujera y concluyo cómo la vieja memoria que nos hace humanos queda implantada en las distintas variantes que oferta a través de la retentiva emocional que al artista

constituye: cierta música distintiva al arrobó de la recurrencia, los extensos silencios que momentos claves y vitales le propician y una memoria conciliadora para el estado de ánimo con que se predispone a la acción del cuerpo hasta ordenar sobre el soporte lo que es retentiva sustancial.

Aunque, igualmente, el artista viene propalando en tiempos recientes que la modernidad en el arte habrá de propagarse con los nuevos instrumentos que la historia actual propicia. Así, entonces, lo que antes era meditado para plasmar sobre un soporte fijado y fiable, ahora observará su determinación en un aparejo portable y de faz variable. Y tal que programa un seriado estructural donde el color y el trazo geométrico marcan su desvelamiento, también se aventura en el propósito a la inversa: he aquí una nueva insistencia de la dupla, pues el artista desarrolla varias nuevas series donde la instalación del color en la pantalla devora la forma que se avizora central hasta computarla en una vibración donde la añeja preceptiva de la 'action painting' recobra vida para estos nuevos adminículos. Una estimulación autómatas que se delimita en sí misma, a veces más allá de la propia mano del artista que abandonado, grácil y juguetón, a lo que la máquina depare, pero sin servilismo ni dependencia de pensamiento, acompañando e iniciando al instrumento a un 'amaño' al que, por apariencia, aún está poco acostumbrado: tentar la forma inaudible.

Corolario

Me sumerjo en la obra que me mantiene alerta y me desprendo de las razones que llevaron al artista a nominar sus obras, y hasta el seriado de ellas -según evocación o traslación emotiva de varias melodías que le inclinaron a propalar su exactitud geométrica sobre el soporte, aun haciéndome cargo

de lo que para la mano y el tuétano del pintor suponen-, y me adentro en lo que la obra funda en el imaginario hasta observarme, yo también, en esa disyuntiva: aprecio en el avance pictórico que el artista nos formula una nueva dupla que nunca rechina en su conjunción: apoyado en el conocimiento acumulado, no ya sobre la historia de la pintura, sino por el devenir de su propia obra anterior y seducido, qué duda cabe, por las novísimas variantes que la tecnología propicia, Alfonso Crujera se sustenta sobre un puente traslúcido aclimatando la continuidad de su obra al futuro que lo alecciona.

Este tiempo nuevo para el arte el pintor ya lo avizora gozoso.

Javier Cabrera
Gáldar, 18 de junio, 2025